

# Simón Díaz, secretario general del PS de Chile: “La convergencia: hegemonía socialista para un proyecto nacional, popular y democrático”

entrevista por Gastón Rozas

Esta entrevista se hizo sin fotografías. El entrevistado, conocido a secas como *Simón* fue elegido secretario general del PS en el XXIV Congreso, que su organización realizó después de la división partidaria de 1979, y desde entonces ejerce su cargo en Chile. Dirigente estudiantil, socialista de larga trayectoria y varias veces miembro de la dirección nacional del PS, Simón expresa bien —incluso por su juventud— la renovación teórico política que vive el socialismo chileno. Es uno de los artífices principales de la reconstrucción unitaria del PS actualmente en curso en Chile, de la constitución del Secretariado del Convergencia Socialista —que reúne al PS que él mismo dirige, la IC, el MAPU y el MAPU OC— y de la firma del Manifiesto Democrático suscrito por personeros de la derecha republicana, el movimiento socialdemócrata, la democracia cristiana, el Partido Radical y los socialistas del Comité Político de Unidad. La entrevista se realizó a comienzos de junio, en una casa de campo del sur de Chile.

—A tu juicio ¿cuáles son las manifestaciones principales de la actual crisis nacional?

—En primer lugar, la crisis económica. Esta envuelve hoy al conjunto de la sociedad chilena y marca la coyuntura, el carácter y el destino posible de la crisis. A pesar de los salvavidas que eventualmente pudiera lanzarle el sistema financiero mundial al régimen de Pinochet, esta crisis no tiene salida a corto plazo.

Hay, además, una crisis política no manifestada claramente en el interior del régimen; pero toda la disputa que actualmente existe entre “gremialistas” y “nacionalistas”, entre ellos y el propio Pinochet, la actividad de sectores de la burguesía que tratan de reorganizar el Partido Nacional, indican un grado alto de desorientación y pugna en el bloque en el poder.

También se inscribe en esta crisis nacional lo que se ha denominado la crisis moral. Ella es siempre discutible, sus parámetros no son fáciles de distinguir. Sin embargo, todo aquello que dice relación con los valores éticos esenciales de una nación está en crisis en nuestro país. Hasta en los negocios. . . recuérdate de la polémica Vial-Luders, vía Ricardo Claro, por el asunto de la “compra” de la mediación de sus conflictos financieros; del sicópata de Viña del Mar, en que están inmiscuidos Gubler y policías uniformados; de los asesinatos de Calama perpetrados por agentes de la CNI; en fin. . . Esta crisis moral está vinculada a otra gran crisis del país, la de la esperanza. Nuestro pueblo vivió, hasta hace unos seis meses, la crisis de la esperanza. No se veían caminos claros, a poco andar, para dar cuenta del régimen opresor, cundían la apatía, el desinterés. . .

—Dices que nuestro pueblo “vivió” una crisis de esperanza. . .

—Sí. Lo digo en pasado, porque en el último semestre se ha revertido la situación y esa crisis de esperanza hoy no existe. Por el contrario, la posibilidad cierta de poder organizar en

nuestro pueblo una acción y un embate decisivo contra la dictadura, nos permite asegurar que estamos viviendo una nueva etapa de la lucha contra el régimen de Pinochet, la cual abarca cada vez más sectores hasta hace poco desmovilizados.

—Entonces, Chile, hoy, ¿vislumbra una opción a la crisis?

—No vislumbra una alternativa. Se vislumbran alternativas. La repolitización de la sociedad chilena, la propia crisis latente del régimen, la incapacidad de éste para dar soluciones perspectivas, en fin. . . Todo eso se va conjugando paulatinamente en la generación de una gran alternativa democrática para nuestro país.

—¿Una de esas opciones sería la del Manifiesto Democrático?

—Este se inscribe exactamente dentro de esa creación de alternativas posibles. No es la única, sin duda, pero es la que ha tenido mayor fuerza e impacto en los últimos tiempos. Me atrevo a decir que el Manifiesto Democrático fue una suerte de gatillar la conciencia política de muchos sectores adormecidos que, aún cuando habían planteado la necesidad de generar el más amplio consenso democrático posible, no habían dado los pasos suficientes como los que fuimos capaces de dar nosotros, que impulsamos las conversaciones que desembocaron en la firma de ese Manifiesto. Este se inserta en la perspectiva de generar la evidencia de que después de Pinochet es posible un proyecto nacional democratizador y de que existen los agentes, los elementos y los hombres, no sólo de los partidos, dispuestos a asumir las grandes tareas nacionales que permitan sacar a nuestro país de la crisis profunda en que lo sumió el régimen actual.

—Jornadas de protesta como la del 11 de mayo ¿no son tanto o más importantes que el Manifiesto Democrático en relación a estimular conciencias y a ofrecer opciones a la dictadura, por cuanto involucran movilización social opositora?

—Estoy de acuerdo. Aunque tengo casi la certeza de que la protesta del 11 de mayo, convocada y dirigida por la Confede-

Gastón Rozas (seudónimo), chileno, socialista. El texto fue transcrito y elaborado por Marcelo Schilling.

ración de Trabajadores del Cobre y asumida por el conjunto de los chilenos, así como los triunfos opositores en las elecciones de colegios profesionales y en los organismos estudiantiles universitarios, han sido posibles no sólo por el Manifiesto Democrático, pero fundamentalmente porque en él se vió un esfuerzo político determinante, capaz de concertar fuerzas políticas y sociales dispuestas a enfrentar a la dictadura. Entonces, el Manifiesto Democrático no es el único, pero es un factor que explica bastante lo que fue la protesta nacional, esas elecciones y, naturalmente, lo que serán las futuras protestas nacionales, que el 11 de mayo no han hecho sino comenzar.

—¿Cómo se vinculan estos esfuerzos de amplia concentración democrática antidictatorial con la perspectiva de lucha por el socialismo?

—Yo no diría que se trata de momentos secuenciales. Nuestras organizaciones socialistas, básicamente el Partido Socialista, tienen claro que en este período es fundamental la creación de un frente amplio opositor con carácter democrático. Con todo, tenemos igualmente claro que ninguno de los partidos, organizaciones y personas que han concurrido a la firma del Manifiesto, han dejado de lado sus proyectos estratégicos y los socialistas chilenos tampoco hemos hecho tal abandono. Hemos revisado y renovado —a la vez que recuperado y reafirmado— nuestro pensamiento y acción en orden a una definición estratégica del socialismo en Chile. Eso nos permite coordinar más claramente la lucha actual con la lucha por el socialismo, sin solución de continuidad. La lucha por el socialismo en nuestra patria reviste características nuevas, distintas a las del pasado. Es necesario rearticular fuerza y conciencia popular en torno a la idea socialista, y replantearse muchos elementos que teníamos como dogmas. Pero no hemos, ni mucho menos, caducado la perspectiva estratégica del socialismo. Ella hay que reconstruirla desde ya y, al calor de la lucha actual, reincorporar el ideario socialista en la conciencia de nuestro pueblo y de sus clases y sectores más postergados.

—Dices que es preciso crear fuerza por el socialismo "desde ya". Sin embargo, en el Manifiesto Democrático, el Partido Comunista está ausente. Este hecho ¿no debilita la perspectiva socialista?

—No habría que confundir algunas cosas. El Manifiesto Democrático no pretende ser el grito de rebeldía popular que pone a la orden del día la lucha por el socialismo. En realidad tiene un carácter bastante elemental y está referido básicamente a la coyuntura. Es más bien un llamado, que tiene carácter de pacto en tanto que las fuerzas en él comprometidas han resuelto hacer conciencia de que en Chile no hay alternativas si no es la democracia. Por lo mismo, es limitado, ya que no es un acuerdo político de la naturaleza "frentista" o "aliancista" que antes conocimos en el país, ni tampoco es un pacto de gobierno, como algunos han sostenido. De ahí que no se puede hacer una relación tan unívoca entre el Manifiesto y la lucha por el socialismo, más bien creo que el Manifiesto Democrático y toda la capacidad movilizadora que pueda haber detrás de él tiene necesariamente que involucrar al conjunto de las fuerzas políticas y sociales que en Chile se proclaman por el socialismo y en ese sentido nos parece fundamental —sea en el mismo Manifiesto o en otras entidades o entendimientos que seamos capaces de generar— que estén el PC y la convergencia socialista.

Entre los partidos comunistas y nosotros subsisten y susistirán diferencias con respecto a cuestiones de táctica, de estrategia, al tipo de sociedad socialista que aspiramos a construir. Ellos están presentes, como conflicto y competencia, per-

manentemente. Pero no hay duda de que el PC y su fuerza, en el presente, es necesario para la conformación de un consenso democratizador lo más amplio posible.

—Los socialistas, en el pasado reciente, valoraron su relación con el PC como "eje" de la unidad social y política del movimiento popular, y de la izquierda ¿Esa valorización subsiste o se ha modificado?

—Entre los socialistas, y en unos más que en otros, hay una tendencia a asumir críticamente lo que fue la relación con el PC. Esta alianza marcó a lo menos 17 años de la historia del PS y también a la izquierda chilena en su conjunto. Tuvo resultados extraordinariamente positivos, en cuanto significó contribuir a un avance de nuestro pueblo en su lucha democrático socialista. La Unidad Popular y antes el FRAP fueron buena prueba de lo que eran capaces dos partidos que se comprometían conjuntamente en proyectos nacionales. Sin embargo, la alianza socialista-comunista no agotó ni agota, no convocó ni convoca, por sí misma, el arco social de vocación objetivamente anticapitalista y por el socialismo en Chile. Dicha alianza expresó un sector de nuestro pueblo, particularmente la fuerza trabajadora organizada y en especial la clase obrera, pero no da cuenta de otros sectores necesarios de integrar en el proyecto nacional, popular y democrático del socialismo. Por ello, creemos que el PS tiene que ser capaz de dar un salto cualitativo en la reformulación de sus alianzas y en la definición de un nuevo tipo de relación con el PC, con el cual libramos una imprescindible lucha ideológica en el movimiento popular. Esto implica conflicto a veces y apoyo mutuo cuando sea posible. La disputa por la hegemonía en el movimiento popular será básicamente entre nosotros y el PC, en la medida que en éste subsisten criterios, concepciones, estilos y prácticas distintas a las que nuestro partido formuló a lo largo de su historia y que hoy resurgen con fuerza para enfrentar las tareas democrático socialistas de hoy y del futuro.

—¿Cuáles son las ideas fuerza que caracterizan el socialismo postulado por el PS y que lo hacen diferente del proyecto del PC?

—Mira. Es evidente que el PS ha recuperado fuerza inspiradora para sus definiciones estratégicas a partir de su acta fundacional del año 33, del programa de 1947, del frente de trabajadores y, sobre todo, de la historia de lucha popular y nacional de nuestro país. En tal sentido, nuestro partido y en general los socialistas que están en proceso de reunificación, han asumido la idea de que no es posible el socialismo sin democracia política y que no hay democracia si ésta no tiene contenido y proyección socialista. Así, la dimensión democrática incorporada al ideario socialista es no sólo un rescate que se hace luego del golpe de Estado de 1973, sino que es una revalorización de lo que fueron los aportes teórico políticos del PS desde su fundación. Ese es un factor fundamental.

De ahí surgen conclusiones como las siguientes. En primer lugar, el socialismo a que aspiramos para nuestra patria tiene que ser profundamente enraizado en las características específicas de nuestra nacionalidad. Nuestro pueblo tiene raíces culturales y formas propias de expresión y actividad ideológica, política, intelectual, de la vida cotidiana, que lo hacen tener una identidad necesaria de rescatar en la perspectiva de proyectarla como un factor de conjugación de la diversidad y del conjunto de los pueblos latinoamericanos. También pensamos que el socialismo requiere ser pluralista y muy atento a la defensa y respeto de los derechos humanos que no son conquistados del capitalismo—como algunos afirman— sino que de

los pueblos oprimidos del mundo. Cuando hablamos de pluralismo estamos diciendo que en el socialismo estén, con plenitud de derechos, todos aquellos que quieran avanzar en la socialización permanente y constante de la sociedad, y entre los cuales no sólo deben considerarse los llamados partidos socialistas, sino que además otras expresiones sociales y culturales que sean reflejo legítimo de las aspiraciones de nuestro pueblo. Creemos, claro, que no caben aquellos cuyo fin de siempre será minar el desarrollo democrático de la sociedad socialista. Sin embargo, esto último no puede significar convertir en función esencial del Estado socialista la represión del disidente u opositor. Por otra parte, derivado de lo anterior, nuestro socialismo es portador de un profundo humanismo, que no desechamos a pesar de los muchos embates racionalistas y positivistas que desde el propio marxismo se han hecho en su contra.

En suma, nuestra propuesta socialista busca la socialización real del poder.

*--Eso, en cuanto a principios para una teoría política y del Estado en el socialismo; ¿y en cuanto a la economía?*

--Combinar formas múltiples de propiedad y de gestión, preservando para el Estado la capacidad de orientación general del funcionamiento de la economía. Propiedad privada, empresas de trabajadores, propiedad social, formas cooperativas y autogestionarias en los sectores no estratégicos. Preservación para el Estado del manejo de las empresas estratégicas, de modo que disponga de capacidad efectiva para ordenar y conducir el sentido general del desarrollo económico social del país. Por cierto, introduciendo en las empresas del Estado formas de participación, control y gestión de los trabajadores que limiten la autonomía estatal y combatan el surgimiento de tendencias tecnoburocráticas y de la burocracia como nueva clase dirigente o dominante.

*--Toda heterodoxia tiene costos a nivel de las relaciones internacionales.*

--Por eso los socialistas hemos combatido siempre la bipolaridad y la división del mundo en bloques, y para salir de ese esquema maniqueo retomamos, como en muchos otros asuntos, el legado teórico político de Salvador Allende: tender a la diversificación de nuestras relaciones internacionales en lo económico, lo político diplomático, lo cultural, en la defensa, practicando una política de no alineamiento activo, solidaria con América Latina y sus pueblos, y con el llamado Tercer Mundo. Todo ello sobre la base de un esfuerzo por acrecentar, en diversos ámbitos, la fuerza propia de Chile, aunque sin pretensiones autárquicas.

*--Chile se ubica en la zona de interés estratégico directo de los EE UU. ¿Qué tipo de relación postulas desarrollar hacia ese país?*

--Por un largo período histórico todas las fuerzas progresistas del continente, incluso las socialdemócratas y populistas, tendrán como enemigo fundamental a los EE UU. El imperialismo estadounidense tiene demasiados intereses en la región y que son obstáculo para cualquier intento de construir sociedades más libres, soberanas y democráticas. . . no se diga del socialismo. El conflicto es, pues, inevitable y tenemos muy claro que debemos prepararnos para una lucha larga contra el interés imperialista, aún hegemónico en la sociedad estadounidense. Sin embargo, lo anterior no nos debe llevar al maniqueísmo. En EE UU han surgido fuerzas liberales en partidos e iglesias, el movimiento antinuclear, una nueva intelectualidad,

el ecologismo, el pacifismo, en fin, con los cuales se puede contar para los proyectos de liberación de nuestros pueblos. Que así es, lo prueba hoy su oposición al intervencionismo de Reagan en Centroamérica y su oposición de ayer al genocidio y la guerra en Vietnam.

*--¿Qué otros apoyos pueden contribuir a neutralizar la agresividad imperialista?*

--Las relaciones entre los pueblos explotados, entre los gobiernos de liberación y entre las fuerzas políticas afines en América Latina y el mundo. Respecto a estas últimas, en especial las relaciones entre las fuerzas socialistas, cuestión en que se han dado pasos interesantes de aproximación que alcanzan a los socialistas chilenos y a la convergencia, al PSI y al MIR de Bolivia, al PSR y a la UDP en Perú, al PSR de Ecuador, al MAS venezolano, a partidos brasileños y uruguayos. En Argentina, el asunto es complejo, pero hay fuerzas políticas hasta en el peronismo que siguen con atención nuestras experiencias y perspectivas. Hay condiciones para replantearnos la visión latinoamericanista siempre presente en las definiciones político estratégicas de nuestro partido e ir a la materialización de un acuerdo cada vez más profundo con todas esas fuerzas que, no siendo idénticas, tienen proyectos congruentes entre sí.

*--¿Cuáles son las líneas de acción fundamentales que ustedes impulsan para lograr el término de la dictadura en Chile?*

--No hay posibilidades de terminar con la dictadura si no somos capaces de comprometer en ello la voluntad del conjunto de nuestro pueblo, de elevar el nivel de rebeldía popular, de reconstruir el tejido de organizaciones sociales del pueblo estrechando las relaciones entre ellos, incluyendo los partidos, y de generar un proyecto que trascienda conciencias, voluntades y la situación actual. Sólo la articulación de la actual diversidad opositora, la generalización de las experiencias parciales de lucha y la globalización del conflicto con la dictadura en una gran protesta nacional, dará cuenta del régimen militar.

*--¿Y cómo se encara el problema de la democratización, en especial respecto a las fuerzas armadas?*

--La garantía de una democratización real pasa porque las fuerzas políticas comprometidas en ese proceso asuman la obligación histórica de una democratización profunda de las fuerzas armadas y del poder judicial en Chile. Un consenso nacional en ese plano es imprescindible. No se trata de destruir el ejército, se trata de reformular su papel en la sociedad chilena y retornarlo al rol que históricamente cumplió en defensa de la soberanía, de compromiso con la democracia y con el desarrollo económico social. Sólo un ejército así concebido es garante de la integridad territorial del país. A su vez, el poder judicial requiere una reestructuración sustantiva y reasumir una necesaria equidistancia que le autonomice del poder de turno.

Al respecto hay una evidencia por todos asumida. Que esta tarea democratizadora será una de las más duras, difíciles y complejas, que deberán hacer propia todas las fuerzas democráticas.

*--Exigir esclarecimiento y justicia en la situación de los desaparecidos y de los ejecutados ¿no induce a los militares a consolidar su solidaridad interna y a favorecer el inmovilismo dentro de ellos?*

--El temor a ese reclamo justo, podría efectivamente motivar-

los a no impulsar ni permitir los cambios necesarios que hoy exige el conjunto del país. Sin embargo, es probable que esos sectores sean cada vez más minoritarios y que incluso en las propias fuerzas armadas surja la idea de que esos esclarecimientos son necesarios, en beneficio de la remoralización de la sociedad y para el rescate de la convivencia democrática entre los chilenos, en cuanto ésta es el más sólido puntal de la defensa del país. Así, es probable el establecimiento de tribunales de justicia debidamente calificados, con leyes no *ad hoc* sino actualmente vigentes, que sean capaces de juzgar a la luz de principios jurídicos universales los delitos cometidos por el terrorismo de Estado pinochetista.

—*¿En qué consiste la propuesta del compromiso democrático?*

—Ni la idea del pacto social, ni del pacto de gobierno agotan nuestra propuesta del compromiso democrático. Tras ella está la idea de la conjugación de fuerzas sociales y políticas en torno a un proyecto nacional que dé cabida a la democratización, a la creación de instituciones sólidas y estables, de espacios de participación popular real y permanente, de mecanismos para elevar constante y progresivamente las condiciones de vida del pueblo y, en especial, de los sectores más postergados. Ningún partido, ni el conjunto de los partidos de izquierda están en condiciones de asumir, en representación de nuestro pueblo, un pacto sólo para congelar los legítimos intereses y demandas de los chilenos. Por ello, un compromiso democrático lo insertamos, más bien, en la idea de aunar fuerzas en un gran proyecto nacional popular, de carácter democrático, que responda a los intereses históricos de Chile permitiendo el rescate de las justas y legítimas aspiraciones de las clases más postergadas de su sociedad.

—*¿Cuál es la diferencia entre el "frente antifascista" del PC y el frente amplio opositor que se construye a través de hechos como el Manifiesto Democrático?*

—En la tesis del PC había un intento de conferir a determinados sectores políticos, en exclusividad, la capacidad de terminar con la dictadura y la representación del pueblo. En el Manifiesto se conjugan fuerzas en condiciones de igualdad, incluso con proyectos estratégico-históricos distintos y, sin embargo, de acuerdo en una cuestión esencial: entregar una alternativa de coyuntura a nuestro pueblo, una perspectiva de movilización y de conducción estable, seria, organizada, a sus demandas. En el Manifiesto Democrático no hay un pacto de gobierno. Hay un compromiso para acabar con el régimen militar y de internalizar en la sociedad chilena la idea de que por el actual camino no es posible salir de la gran crisis nacional en marcha.

—*El PC saltó de las tesis del "frente antifascista" a la política de la "violencia aguda". ¿Te parece pertinente ese cambio de línea?*

—Nunca hemos logrado horadar en lo más íntimo del por qué del cambio, ni en qué consiste la nueva política comunista. No hemos llegado a comprenderla con la claridad que tal vez tienen aquellos que la han formulado. Ahora bien, pensamos que fue planteada en el momento en que, aparentemente, se cerraban todas las formas de lucha de masas, cuando en apariencia se producía una suerte de desmovilización generalizada a raíz del plebiscito de 1980. Creo que, en gran medida, esa política estuvo precedida por estos hechos, observados de manera demasiado mecánica.

Nosotros, pese a que constatabamos con realismo el estado del movimiento popular, e intentamos continuar haciéndolo,

nunca perdimos la confianza en que el movimiento estudiantil resurgiría con la fuerza con que finalmente lo hizo, o en que el movimiento sindical, a pesar de sus divisiones, adoptaría un camino de lucha como el que adoptó, dirigido principalmente por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) y la Coordinadora Nacional Sindical (CNS).

En el último año, múltiples manifestaciones de lucha y de organización popular de base, más la creciente capacidad organizativa de los partidos, demuestran que el camino va más por ese lado que por la idea de generar ejércitos populares irregulares a partir de las barriadas de Santiago o focos guerrilleros o actos de terrorismo destinados a "elevar" desde afuera la conciencia de lucha de los trabajadores y el pueblo. Lo que actualmente sucede en el país no es el fruto de un día ni de un acto, sino que es resultado de toda una paciente reconstrucción del tejido social y prueba que la lucha contra la dictadura pasa por la creación, desarrollo y profundización de los elementos fundamentales para erigir un amplio frente opositor con capacidad y voluntad de lucha democrática.

—*Por no respaldar esa política de "violencia aguda", se te acusa de pacifista.*

—No pretendo que me califiquen de otro modo, porque ser pacifista no es, mucho menos en abstracto, un pecado o un estigma del que deba sacudirme. Pero es un calificativo a lo menos gratuito, porque nunca hemos estado por practicar en Chile formas exclusivamente pacíficas para poner fin a la dictadura. Sin embargo, creo que la antítesis del pacifismo es también una idea equivocada que reduce la política a un problema de fuerza y nada más.

Por el carácter de la dictadura y el rol de Pinochet en ella, nos inclinamos a pensar que desgraciadamente, y recalco desgraciadamente, el régimen puede llevarnos a momentos de violencia que tendremos que enfrentar, pero con la capacidad organizada de nuestro pueblo. No con vanguardismos, ni con la idea de que sólo una élite paramilitar está en condiciones de oponerse a esa violencia.

—*La rearticulación del movimiento sindical ¿se da vía organizaciones de base con dirigentes representativos o por esfuerzos tipo la CNS, más bien de cúpula?*

—Transita por una relación entre ambos tipos de procesos. La generación llamada cupular fue un proceso necesario y no sólo en lo sindical. No se la puede descalificar *a priori* a partir de concepciones teóricas abstractas. Sin embargo, está claro que ninguna de las organizaciones creadas de esa manera recoge toda la riqueza del movimiento social generado al calor de la lucha antidictatorial.

—*¿No te parece que se recupera más auténticamente la autonomía del movimiento popular y una nueva modalidad de relación entre éste y los partidos, si se privilegia el reagrupamiento en torno a los dirigentes y organizaciones reales existentes hoy día, mas que en torno a las forjadas por la cúpula?*

—Yo creo que es efectivo. . .

—*¿Ibas a agregar un "pero"?*

—No. No es un "pero". Quiero decir que no todos los partidos han hecho un análisis crítico de lo que fueron sus relaciones con el movimiento social, antaño. Las fuerzas socialistas, de la convergencia o del PS, en general sí lo han hecho, y muy crítico. De la experiencia vivida emergerá un nuevo tipo de relación, ayudada por la conciencia respecto al problema en dirigentes

y partidos y, sobre todo, por las exigencias provenientes del propio movimiento social.

—¿Cuál es tu visión de la convergencia socialista?

—Es una experiencia pluralista, integradora, que rescata valores culturales y sociales que el PS *per se* no rescataba. Entre otras tareas tiene la de redefinir nuevas relaciones en la izquierda chilena y la cuestión de la hegemonía en ella, así como la de contribuir esencialmente a la conjugación de las fuerzas democráticas contra la dictadura. Lo principal es que tiene la posibilidad de transformarse en una fuerza política, cultural, espiritual, teórica y moral que hegemonice un gran proyecto estratégico socialista para Chile. La convergencia sola, sin un fuerte Partido Socialista no tiene, a nuestro juicio, posibilidades perspectivas, así como el PS solo, sin capacidad de asumir el nuevo fenómeno de esa fuerza socialista gestada al calor de la inserción social de un mensaje evangelizador popular, no tiene posibilidad de enfrentar exitosamente el reto democrático socialista en nuestra patria.

—¿Por qué el Secretariado de Convergencia Socialista (SCS) no firmó el Manifiesto Democrático? ¿NO es un contrasentido que ustedes lo firmaran sin sus principales aliados e interlocutores?

—Los demás partidos que conforman el SCS, por distintas razones, se pronunciaron porque éste no firmara el Manifiesto. El MAPU, el MAPU OC y la IC enfrentaban para ello diversos problemas, derivados de aproximaciones y valorizaciones distintas respecto al significado del Manifiesto. No señalo cuales son las contradicciones que se dieron en su seno, pero pienso que son de fácil solución. La cosa es que no estaban resueltos al momento de la firma.

Ahora, lo ocurrido no es un contrasentido. Nosotros no privilegiamos el Manifiesto por sobre la convergencia. La carta que el SCS envió a los firmantes del Manifiesto hace una valorización positiva de su impacto en el país, en sus fuerzas políticas, y de lo que fue nuestra actitud.

—Las fuerzas de la convergencia ¿desconfían o simpatizan con la reconstrucción socialista y la constitución del Comité Político de Unidad Socialista (CPUS) como su dirección unitaria?

—El pronunciamiento de los dirigentes de la convergencia y de sus partidos ha sido, al respecto, positivo. Aunque cada uno desde distintas perspectivas, han expresado su complacencia por este proceso.

—¿En torno a qué políticas medulares se dió el desarrollo del CPUS? ¿O sólo se trata del "reencuentro de la familia"?

—Está desterrada la idea de una simple unidad nostálgica de la familia socialista. La experiencia vivida después del golpe, lo que estuvo tras de cada desgajamiento del partido, los problemas político-teóricos de la crisis vivida por el PS en los últimos 10 años, demostraron que esta reconstrucción requiere hacerse sobre la base de principios, del rescate de las definiciones básicas del socialismo chileno, de una gran perspectiva de renovación política, teórica, moral en el partido, de la creación de un nuevo estilo de hacer política dentro del PS y hacia la sociedad.

—Además de esos criterios básicos ¿se ha convenido en impulsar algunas líneas de acción en común? Por ejemplo, la firma del Manifiesto Democrático por varios socialistas expresivos del CPUS o la relación con el SCS, con el que el CPUS estableció

un enlace coordinador permanente, ¿significa que hay líneas de acción inmediata que se impulsa con el acuerdo de los participantes en el CPUS?

—Correcto. Y eso es extensivo a la concertación de la acción en movimiento social, por frentes y regiones.

—En esta nueva dirección unitaria del PS no está la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR), que desde un comienzo participó en el proceso de unidad contribuyendo a gestar el antecedente del CPUS que fue el Comité de Enlace Permanente de los socialistas: ¿por qué se restó?

—Mira. Los argumentos dados por la CNR son de dos órdenes. Uno, de desconfianza, en el sentido que el CPUS no va a dar cuenta de todas sus experiencias o inquietudes. Otro, que para la CNR el CPUS es un paso prematuro. Nosotros dejamos establecido que éste es un proceso y, por lo tanto, que sus exigencias e inquietudes tenían, tienen y tendrán cabida en el CPUS. Por otra parte, hemos probado que no es prematuro porque, más allá de las diferencias que en él subsisten, ha dado conducción única y homogénea al partido, lo cual demuestra que esto es posible.

Seguimos pensando que la CNR debe estar en el CPUS, en especial sus compañeros que están en Chile, y que sus inquietudes pueden ser discutidas y resueltas democráticamente por todos los socialistas en el CPUS.

—Tampoco está completo el sector dirigido por Clodomiro Almeyda.

—Esto tiene otras razones. Sólo adhiere un sector de esa organización por las distintas apreciaciones que en su interior hay frente al proceso de reconstrucción partidaria. Un sector, el que firmó, se ha comprometido hace tiempo en la idea de la reconstrucción unitaria del partido, de modo claro y categórico. El otro no cree en esto. A esas contradicciones se debe este hecho, las cuales se hicieron manifiestas una vez que el sector de Almeyda fracasó en su pretensión de aparecer como el único destacamento socialista en el país, desconociendo así la crisis partidaria y a muchos sectores que se reclamaban, legítimamente, parte del PS.

—El proceso unitario ¿está cristalizado respecto a la autoexclusión de uno de los sectores del PS dirigido por Almeyda?

—Por la información que tengo, ellos no han resuelto esa situación. Dentro del próximo mes tienen una reunión en que definirán su posición. Ahí veremos qué pasa.

—¿Y qué ocurre con la unidad de la izquierda chilena hoy día?

—Al respecto se están dando iniciativas apegadas a la realidad, pero no sólo de la situación del país, sino también de los partidos. Eso permite avizorar que un nuevo entendimiento se está generando paulatinamente en el país entre las fuerzas comprometidas, desde una perspectiva de izquierda, por luchar contra la dictadura. En ese sentido es valioso el encuentro reciente entre el Partido Radical, el Partido Comunista, el SCS y el CPUS, pues esas son las fuerzas políticas que realmente representan el pensamiento izquierdista y revolucionario en Chile. Ello permitió simplificar el cuadro de la izquierda y establecer mecanismos más expeditos de coordinación. Este mismo proceso debe darse también en el exterior, aunque afuera hay circunstancias que lo dificultan.

Una vez que los espacios políticos comunes se profundicen y que la confianza para actuar juntos se restablezca, podremos hablar de que la izquierda se ha reunificado. **■**

América Latina

# La difícil comprensión del marxismo

José Aricó

Si la doctrina marxista logró difundirse y conquistar una presencia hegemónica o por lo menos significativa entre las clases trabajadoras europeas, venciendo las fuertes resistencias que le oponían otras corrientes ideológicas anarquistas, nacionalistas o democráticas, en América Latina este proceso debió afrontar además nuevos obstáculos en buena parte aún hoy insuperados.

En primer lugar, la ausencia de un modo de producción dominante en el que la emergencia de una mano de obra libre y asalariada adquiriera los rasgos de tipicidad y el grado de generalización característicos de las formaciones capitalistas modernas. De ahí que aunque el romanticismo social fuera una componente inseparable del movimiento independentista y de la formación de los Estados nacionales —lo cual habla de la facilidad con que las ideologías de transformación social penetraron en nuestra región—, el socialismo como pensamiento y como acción, y con él la difusión de concepciones de matriz marxista, sólo comenzaron a evidenciarse hacia fines de siglo, una vez que se hubo completado la abolición de la esclavitud en algunos de los países más avanzados, o que en otros las fuertes inmigraciones europeas hubieran creado una considerable masa de trabajadores libres.

Sin embargo, la aparición en el escenario de las luchas sociales de las nuevas figuras del proletariado, de sus instituciones de clase y de formaciones políticas socialistas estuvo en buena parte condicionada por las limitaciones que caracterizaron el proceso de abolición del trabajo servil.<sup>5</sup> La imposición externa de las relaciones de producción capitalistas sólo logró abrirse paso al precio de una imbricación atípica de formas productivas que mantuvieron hasta bien avanzado el siglo XX la presencia decisiva del trabajo servil. Pero la coexistencia de trabajo servil y trabajo asalariado si bien generalizaba formas de relaciones que permitían la reproducción del capital, establecía límites insuperables para la constitución de un proletariado moderno. El resultado fue

la marginalización de una parte sustantiva de la fuerza de trabajo, la limitación del peso del proletariado agrícola y el aislamiento frente al mundo rural de un proletariado de industria de por sí fuertemente minoritario y desplazado geográficamente en las zonas mineras y de la costa.<sup>6</sup> Lejos de conducir a una modernización y una uniformación material de la diversidad de lo social existente, la introducción y el desarrollo del capitalismo en América Latina produjo una forma económica relativamente inédita caracterizada por la superposición del modo de producción capitalista sobre todas las formas anteriores y por la transformación de éstas en productos de mercancías.

Las necesidades suscitadas por la explotación capitalista de nuestros

recursos naturales demandaron la construcción de ferrocarriles y puertos, al mismo tiempo que la creación de una industria incipiente en los ramos de minería, textiles y alimentación. Con la relativa expansión de un industrialismo moderno y de la incorporación de la agricultura al mercado mundial, se fue constituyendo una masa de trabajadores sometidos a las más duras condiciones de trabajo —especialmente en los lugares de predominio del trabajo servil—, a una penosa explotación económica y a la negación de los derechos y de las garantías formalmente reconocidas por las constituciones “liberales” que las clases dominantes de las repúblicas habían impuesto en sus países. A su vez, las demandas del mercado mundial en expansión y el déficit cró-

José Aricó, argentino, editor de *Pasado y Presente*, asesor de Siglo XXI Editores, México, e investigador del Centro de Estudios Contemporáneos del Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, México. El texto, que es parte de su obra en preparación *La formación del socialismo latinoamericano*, continúa su publicación iniciada en CONVERGENCIA núms. 7 y 8.

<sup>5</sup> “También la aparición del socialismo está frecuentemente condicionada por la abolición de este trabajo servil. Es en 1905,

por ejemplo, o sea un año después de la abolición parcial de las corveas para los indígenas, cuando se constituye la primera organización socialista de Bolivia, la ‘Unión obrera Primero de Mayo’. La creación formal del ‘Partido Obrero’ brasileño, en 1890, siguió igualmente a la abolición de la esclavitud (1888). Y si el primer periódico obrero cubano, *La Aurora*, circuló desde 1865, la iniciativa de militantes como Enrique Roig San Martín o Fermín Valdés Domínguez fructificó, en el ‘Congreso Obrero’ de 1892, sólo fue después de la abo-

lición definitiva de la esclavitud (1889)”; Robert Paris: “Socialisme et communisme en Amérique Latine”, cap. III de *Histoire générale du socialisme*: t. IV, PUF, París, 1978, p. 166.

<sup>6</sup> La ubicación geográfica desplazada hacia los puertos y zonas de la costa del proletariado industrial limitó fuertemente la posibilidad de expansión nacional de organizaciones socialistas que, como la argentina o uruguaya, habían logrado fuerte implantación entre los trabajadores urbanos.

nico de fuerza de trabajo en algunas regiones latinoamericanas condujeron a las oligarquías locales a apresurar el proceso de formación de una masa de trabajadores libres mediante la inmigración masiva de mano de obra excedente europea en una magnitud tal que en países como Argentina los inmigrantes constituyeron por muchos años la gran mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo. Y este componente extranjero habría de operar luego sobre las características y la ideología del proletariado de las zonas de inmigración masiva (Argentina, Brasil, Uruguay, etcétera) contribuyendo a fijarle una impronta que sólo habrá de desaparecer en la década de los treinta, cuando los nuevos procesos de industrialización extraigan de las migraciones internas el flujo de fuerza de trabajo necesaria.<sup>7</sup>

### Características propias

El hecho es que las características propias de la expansión capitalista en América Latina y la profunda transformación operada por una introducción tan elevada de fuerza de trabajo extranjera en un lapso relativamente breve provocaron una dislocación económica y social radical de toda la sociedad latinoamericana. Lo que ante los ojos de las clases dominantes y de la inteligencia americana aparecía como un gigantesco esfuerzo de "europeización" de toda la región, proceso que era exaltado como una conquista irrevocable del progreso y de la civilización, ocultaba en realidad una distorsión siempre mayor de la sociedad global, una diferenciación creciente de las estructuras económico-sociales que fracturaban las sociedades nacionales en zonas de "modernidad" y zonas de "atraso".

En lugar de un continente arrastrado irremisiblemente al torrente del progreso universal, América Latina se transformaba velozmente en una vasta área de disgregación social que exacerbaba las tensiones, desarticulaba las relaciones sociales y postergaba *sine die* la constitución de esas naciones burguesas que el pensamiento positivista europeo y su réplica americana concebían como un resultado ineluctable. Tal como lo había observado Marx para el caso de Rusia —esbozando una perspectiva de búsqueda diferente de la que bajo el nombre de "marxismo" acabó por imponerse en la socialdemocracia europea— "la aparición del sistema ferroviario en los principales países capitalistas

permitió —e incluso obligó— que naciones en las que el capitalismo abarcaba sólo a una reducida capa superior de la sociedad crearan y ampliaran repentinamente su superestructura capitalista en una medida enteramente desproporcionada al conjunto del organismo social, que llevaba a cabo la mayor parte del trabajo productivo según los métodos tradicionales. Por eso no cabe la menor duda de que en esos Estados el ferrocarril ha acelerado la desintegración social y política, de la misma manera que en los Estados más avanzados ha acelerado el desarrollo final y, por lo mismo, la transformación final de la producción capitalista".<sup>8</sup>

### Reducción obrera

Pero una situación como la aquí esbozada debía tener serias consecuencias sobre el tipo de marxismo y sobre sus áreas geográficas de difusión en un territorio en el que el surgimiento de un proletariado relativamente numeroso creaba condiciones teóricamente aptas para su expansión. En primer lugar, porque ese proletariado, debido a su situación objetiva, tenía fuertes limitaciones estructurales para construirse a sí mismo como una clase obrera capaz de unificar en torno a su propia acción todos los antagonismos que el desarrollo capitalista hacía aflorar. En la medida en que sus relaciones con el resto de las masas trabajadoras estaban predeterminadas por la desarticulación económica, social y política de la sociedad global, su propia identidad como clase obrera tendía objetivamente a constituirse como una conciencia de tipo corporativa, con el consiguiente eclipsamiento de toda la multifacética problemática de la realización nacional. La lucha por la legalidad de su acción de clase, por el reconocimiento de sus instituciones propias, por la conquista de sus reivindicaciones como productor y como ciudadano, tendía paradójicamente a acentuar las inevitables características "cosmopolitas" de toda clase obrera naciente. Y cuando en una etapa posterior de su evolución superó en parte su "antiestatalismo" inicial, para incorporar a sus exigencias la necesidad de una democratización radical de la sociedad, esta dilatación de sus perspectivas no significó en realidad la postulación de un proyecto propio y diferenciado de constitución de la nación, sino la lucha por la conquista de los presupuestos

necesarios para que la propia acción de clase estuviera en mejores condiciones de triunfar. Democratización radical y profundización del desarrollo capitalista aparecían así como dos elementos complementarios de un proceso único de superación del atraso y de maduración de las condiciones para una solución socialista. De hecho, el movimiento obrero quedaba reducido a un mero polo radical en el interior del movimiento democrático burgués.

Como no podía ser de otro modo, la objetiva inserción de la clase obrera en un proyecto de modernización burguesa de la sociedad daba como resultado no querido, ni previsto, una peligrosa fragmentación del movimiento social; la clase obrera se excluía a sí misma su potencial capacidad de centro de agregación social y política de las demandas de todas las clases explotadas, para convertirse en parte de un bloque de fuerzas que tendía a excluir el mundo de las clases subalternas erosionadas por el crecimiento capitalista. Entre masas populares, fundamentalmente rurales, y proletariado urbano, la fractura inicial derivada de la introducción externa del capitalismo se profundizará hasta alcanzar los grados extremos de dualización que la sociología latinoamericana califica de "colonialismo interno". Cuando la crisis de los años 30 provoque una ruptura radical de todo el sistema, ambas vertientes del movimiento social irrumpirán en la vida intelectual y política de las naciones latinoamericanas como dos corrientes netamente diferenciadas y hasta antagónicas, inaugurando así una nueva etapa en las luchas sociales que aún está lejos de concluir.

<sup>7</sup> Es un error demasiado generalizado atribuir en forma casi exclusiva el tipo de comportamiento de la clase obrera del período al hecho de su condición extranjera. Es indiscutible que dicha condición operó como un elemento retardatario de los procesos de nacionalización de los trabajadores. Pero exagerar su importancia conduce a menospreciar la importancia decisiva de los análisis histórico-estructurales en el estudio de la constitución de la clase obrera latinoamericana. Sólo allí es posible encontrar el fundamento real de una similitud de comportamiento incluso en aquellos lugares donde la inmigración fue notoriamente menor o casi inexistente. No es necesario aclarar que este error tiene como trasfondo político la visión del socialismo como un fenómeno "externo" a una realidad supuestamente ajena a las determinaciones de clase.

<sup>8</sup> Carta de Marx a Danielson del 10 de abril de 1879, en K. Marx, N. F. Danielson, F. Engels: *Correspondencia 1868-1895*; Siglo XXI, México DF, 1981, pp. 126-127.

## Expresiones ideológicas

La segunda consecuencia se refiere a las expresiones ideológicas de todo este proceso. Porque es evidente que las dificultades objetivas que tenía la clase obrera para constituirse como tal se daban en el interior de un tejido nacional y continental en el que predominaban una multiplicidad de corrientes democráticas revestidas de un carácter social y de utopismo socialista, sin que existieran entre ellas las fronteras más o menos precisas que desde la revolución de 1848 se fueron estableciendo en Europa. La superposición estructural de formas productivas que reconocían tiempos y modalidades distintas parecía corresponderse con un extremo sincretismo ideológico que borraba los contornos de las ideologías y de sus propuestas de regeneración social. Hasta avanzado el nuevo siglo, América Latina parecía detenida en un mundo de esperanzas de regeneración universal semejante al de los años que precedieron en Francia a la revolución de 1848. Como anota con acierto Robert Paris, "la ausencia de un modo de producción dominante hace que el espacio americano aparezca abierto a todas las experiencias y que, a veces, hasta parezca suscitarlas"; la persistencia de la utopía, además de atestiguar la gelatinosidad y disponibilidad del tejido social, es a su vez "productora de un equivalente de *durée*, creadora de esta temporalidad inmóvil, *sub specie aeternitatis*, donde se enraizan mitos y milenarismos".<sup>9</sup> En este mundo de violencia y mesianismos, de mitos y milenarismos que signaron la lucha de las clases subalternas contra la disgregación social y la opre-

<sup>9</sup> Robert Paris, *op. cit.*, p. 167.

<sup>10</sup> Sobre la corriente magonista (Ricardo y Enrique Flores Magón, Práxedes Guerrero, Juan Sarabia, Librado Rivera y otros) y el papel desempeñado por el periódico *Regeneración* como elemento de constitución y de expresión del grupo, véase la recopilación de sus artículos más significativos ordenada y prologada por Armando Bartra, *Regeneración 1900-1918*: Era, México DF, 1977. Sobre el zapatismo, sigue siendo de lectura obligatoria la obra de John Womack: *Zapata y la revolución mexicana*; Siglo XXI, México DF, 1969. Para penetrar la complicadísima trama de los grupos intelectuales que vertebraron las distintas corrientes del radicalismo mexicano véase de James O. Cockcroft: *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*; Siglo XXI, México DF, 1971. En cuanto a la difusión de las ideas socialistas en el siglo XIX es sumamente útil la recons-

sión capitalista, el socialismo moderno propugnado por la doctrina de Marx encontraba obstáculos insalvables para difundirse.

Fue la corriente anarquista la que, hasta los años veinte, mostró una ductilidad extrema para heredar buena parte de todo ese híbrido mundo de pensamientos inspirados en proyectos de reformas sociales y de justicia económica, manteniendo no obstante una estrecha vinculación con las clases proletarias urbanas. Así como buena parte de los sindicatos de Argentina, Brasil, Chile, México y Perú estaban inspirados ideológicamente en una concepción general anarcosindicalista, fueron también estas ideas las que condujeron al grupo *Regeneración* dirigido por Ricardo Flores Magón a luchar por la unidad de los obreros mineros y textiles mexicanos con el movimiento zapatista, movimiento que, por su igualitarismo y por su propuesta de recreación de un orden campesino natural, se asemeja en mucho al anarquismo rural andaluz y a las luchas campesinas dirigidas por Majno, en Ucrania, durante los primeros años de la revolución de octubre.<sup>10</sup>

### La raíz marxista

El socialismo de raíz marxista fue, en cambio, por sobre todo, la expresión ideológica y política de las clases obreras urbanas de origen migratorio. Sus áreas de difusión se corresponden exactamente con aquellas en las que se concentraron los flujos de mano de obra proveniente de Europa y sólo pudieron crecer en disputa permanente con las corrientes anarcosindicalistas. Pero mientras en México, Brasil o

trucción ofrecida por Gastón García Cantú: *El socialismo en México; siglo XIX*; Era, México DF, 1969.

La bibliografía sobre anarquismo y clase obrera en América Latina es extensísima; de los estudios más recientes rescatamos: John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1831* Siglo XXI, México DF, 1980; Iáacov Oved: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo XXI México DF, 1978; Piedad Pareja: *Anarquismo y sindicalismo en el Perú*, Ediciones Rikchay, Lima 1978; John W. Foster Dulles: *Anarquistas y comunistas no Brasil*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro, 1977; Paulo Sérgio Pinheiro y Michael M. Hall: *A classe operária no Brasil 1889-1930*, vol. 1, *O movimento operário*, Alfa Omega, San Pablo, 1979.

<sup>11</sup> Al igual que lo ocurrido en otras partes, en América Latina también el proce-

Perú, el predominio del anarquismo logró bloquear casi por completo la difusión del marxismo, en aquellos países donde el desarrollo prematuro de la institucionalidad burguesa había provocado una cierta liberalización del sistema político —como fue el caso de Argentina, Uruguay y Chile—, anarquismo y socialismo de filiación marxista coexistieron durante largo tiempo, realimentándose mutuamente.<sup>11</sup>

Pero ¿hasta qué punto puede afirmarse que la fragmentación en dos tendencias radicalmente contrapuestas de ese campo democrático y socialista sin fronteras definidas fue en América Latina el resultado de la profundización del conocimiento del marxismo? Si aceptamos con Antonio Labriola que "el complejo de doctrinas que en la actualidad se suele llamar marxismo sólo ha llegado en verdad a su madurez en los años del 1860 al 1870",<sup>12</sup> ¿qué conocían de ese cuerpo de doctrinas los socialistas americanos? Evidentemente muy poco y mal. Excepto el *Manifiesto comunista*, *Miseria de la filosofía*, *La guerra civil en Francia*, los manifiestos de la AIT y los fragmentos del *Anti-Dühring* que Engels recogió en su folleto sobre *La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia*, las ideas socialistas eran conocidas a través de divulgadores como Deville, Cafiero, Lafargue y muy poco Kautsky. Y aunque el socialista argentino Juan B. Justo ya había traducido en 1898 el primer tomo de *El capital* para una editorial de Madrid, durante las primeras décadas del nuevo siglo fue más reverenciado que leído, excepto por el propio Justo. En el pensamiento social latinoamericano, Marx era uno más de una vasta

so de organización de la clase obrera en el plano sindical y político reproducía una tensión interna del propio proceso. La dialéctica anarquismo/socialismo no estaba expresando en el plano de la ideología y de la acción política la polaridad verdad/error, como creían los antagonistas, sino las dos caras de una situación en sí misma contradictoria. Por lo que atribuir el predominio de una u otra corriente exclusivamente a las características estructurales de la clase obrera latinoamericana en una explicación que soslaya aspectos tan importantes como, por ejemplo, las experiencias políticas previas y el tipo de organizaciones dentro de las cuales realizaron tales experiencias buena parte de los líderes obreros y de la masa de trabajadores movilizadas.

<sup>12</sup> Antonio Labriola: *La concepción materialista de la historia*; El Caballito, México DF, 1973, p. 88.

pléyade de reformadores sociales que las deficientes ediciones españolas mal traducían del francés. Y en las publicaciones de la época eran mucho más citados publicistas como Louis Blanc, Eliseo Reclus, Enrico Malatesta, Proudhon, Bakunin, Achilles Loria, Enrico Ferri o Luisa Michel, que Marx y Engels. La ausencia de fronteras era tal que el club "Vorwärts", por ejemplo, fundado en 1886 en Buenos Aires por emigrados socialistas alemanes, para "cooperar a la realización de los principios y fines del socialismo, de acuerdo con el programa de la socialdemocracia de Alemania", era al mismo tiempo el mayor centro de difusión de la literatura anarquista y social en general.<sup>13</sup>

### Ignorancia de la teoría

El debate interno de este heteróclito mundo de fermentos sociales que condujo a la separación de los socialistas como un movimiento autónomo versó no sobre la "ciencia" de unos, opuesta a la "utopía" de los otros, sino a si se debía o no intervenir en la vida política de cada país con una organización propia. Los partidarios de Marx —y no todavía los "marxistas", en la medida en que este término se incorpora en la jerga política sólo en los años veinte, cuando se constituyen los partidos comunistas latinoamericanos— eran aquellos que, desconociendo buena parte de lo efectivamente dicho y pensado por Marx, sostenían como lo fundamental de su pensamiento el reconocimiento de la necesidad de que las clases trabajadoras se dieran un partido político propio, el partido socialista, que debería actuar en la vida nacional siguiendo los patrones de conducta de las organizaciones socialistas que integraban la Segunda Internacional, y de la que el partido alemán era el ejemplo más destacado. La rotunda victoria electoral conquistada por los socialistas alemanes el 20 de febrero de 1890,

<sup>13</sup> La exhumación del archivo del checo Anton Neugebauer ha permitido reconstruir la historia del club Vorwärts que, por lo menos hasta principios de 1890, cuando el grupo de Germán Ave Lallemand conquista su dirección, agrupaba no sólo a socialistas marxistas, como se pensaba erróneamente, sino también a republicanos y anarquistas. Véase Jan Klima, "La asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado", en *Anuario del Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Católica de Praga*, año VIII, 1974, pp. 111-134.

## Europa: Dilemas de la crisis

José Miguel Insulza

A un mes de terminada la reunión cumbre de Williamsburg, los gobernantes europeos comienzan a lamentar la facilidad con que accedieron a todas las peticiones de Washington, a cambio de una vaga promesa de contribuir a su recuperación bajando las tasas de interés. Al contrario, las tasas de interés suben y el dólar alcanza cotizaciones record frente a las monedas de Europa, mientras los capitales del viejo continente afluyen a EE UU a ayudar a la recuperación de la crisis estadounidense, amenazando en cambio con agudizar la recesión y el desempleo en sus propios países.

Parece claro a estas alturas que, de los tres socios del "triángulo" de Estados industrializados, Europa ha sido seleccionada como la víctima propiciatoria del reajusta político y económico que debe restaurar la hegemonía estadounidense. De una parte, la reanudación de la guerra fría afecta directamente la seguridad y las perspectivas económicas de los europeos, amenazando con cerrar para ellos importantes mercados de materias primas, comercio e inversión hacia el Oriente —baste recordar que el comercio de Alemania Federal con el campo socialista es superior al de cualquier otro estado occidental, incluso EEUU—. Por otra parte, los países europeos son, ciertamente, los menos equipados para enfrentar la crisis con recetas puramente capitalistas: más allá de las críticas que puedan hacerse al socialismo europeo, no cabe duda que ha dado a la clase obrera organizada una presencia en el sistema político superior a la que tiene en EEUU o Japón. Restringir bruscamente el empleo y mantener tasas de cesantía altas, o hacer que los trabajadores canten el himno de la empresa y acepten tasas de explotación cada vez mayores, es algo que a los gobernantes europeos está vedado. Su única opción está pues —y esto es válido incluso para la señora Thatcher— en intentar formar de restricción del "welfare State", que no van al fondo de los problemas, y aceptar el liderazgo estadounidense, en la esperanza de que su recuperación les de algún respiro ante la crisis propia. Vana esperanza, si se piensa que los costos de esa recuperación son más recesión y endeudamiento para Europa y el Tercer mundo.

La actual experiencia europea ante la crisis plantea problemas de no poca envergadura a la teoría económica y política. La recuperación capitalista

sobre la base de un cambio en los niveles de remuneración —aumentando sustancialmente la tasa de explotación— no parece posible sino en pequeña medida: lo cual demuestra que, en definitiva, la distribución de la riqueza en la sociedad no es ya resorte de la ley del valor, sino que depende de arreglos políticos a nivel estatal, que no sólo afectan las relaciones productivas, sino también la estructura misma del Estado moderno. En términos de Claudio Napoleoni, "a diferencia de las crisis precedentes, debidas esencialmente a 'mecanismos' internos del capital, con la clase obrera convertida en si misma en una parte de esos mecanismos, nos hallamos ahora en presencia de una crisis determinada por circunstancias de fuerte contenido social y político, en las cuales la autonomía y la capacidad de iniciativa de los trabajadores constituye el factor fundamental."

En otros términos, en Europa no hay salida de la crisis sin una participación orgánica de la clase obrera. Pero si haberla llevado a esta posición, en que le es posible resistir mejor que en otras partes la embestida del capital, es ciertamente un mérito del socialismo, no puede olvidarse que ello ha ocurrido paralelamente con un despojo de toda voluntad dirigente y olvidando las contradicciones centrales que se siguen planteando en el modo de producción. En el "welfare State" europeo el trabajador sigue sujeto a formas de organización productiva que lo separan de su producto. Su fuerza de trabajo sigue siendo mercancía; su conciencia de clase ha sido disminuída por acuerdos de distribución más favorables, pero no sustituída por una nueva conciencia de identidad con el sistema, que sólo es posible en el socialismo.

De este modo, la desorientación política europea (que un día lleva al poder a socialistas en Francia y España y otro a conservadores en Alemania y Gran Bretaña), no aparece sino como una búsqueda por ahora sin destino de una fórmula que compatibilice la fuerza del movimiento obrero con su carencia de propuestas de cambio que excedan el rol corporativo que la socialdemocracia le ha asignado. Lección importante para quienes en nuestro continente se ilusionan con las posibilidades del Estado asistencial y la participación política de los trabajadores, olvidando los problemas que son sustanciales a la creación de una real sociedad de trabajadores. ❧

y poco tiempo después, la caída estrepitosa de Bismarck, el hombre que más se había empeñado en destruirlos, no podía menos de tener un valor paradigmático y ejercer una poderosísima influencia sobre los intentos de formación de partidos obreros en América. Ante socialistas como Germán Ave Lallemand, que entre 1894 y 1909 fue corresponsal en la Argentina de *Die Neue Zeit*, o Juan B. Justo, que seguía asiduamente las publicaciones europeas y en particular alemanas, o ante los socialistas de San Pablo, que en lo concerniente a sus ideas "se ubican total y absolutamente en el terreno de los postulados establecidos por sus compañeros alemanes" -como se recordaba desde la misma *Die Neue Zeit*<sup>14</sup> o Pablo Zierold, en México, la socialdemocracia alemana aparecía como una gran fuerza política iniciadora de una nueva era en la historia de los movimientos sociales, expresión de una nueva cultura laica y democrática, y forjadora consciente de la revolución social. Era un ejemplo que debía ser seguido y hasta imitado.

Sin embargo, el ejemplo de la socialdemocracia alemana, con el aureola del apoyo que le prodigara Engels al considerarla como un modelo internacional de partido socialista, llegó a nuestras tierras cuando comenzaba a fragmentarse el difícil equilibrio allí logrado entre la perspectiva palinagénica en la que se inspiraba y su naturaleza de partido de masa, vinculado por miles de hilos visibles e invisibles a la acción integradora del Estado germano. De ese partido, lo que se trasvasó a América fue su visión del marxismo como ideología del desarrollo y la modernización,

en el interior de una insuprimible lucha de clases en la que el socialismo expresaba el partido del progreso. El divorcio cada vez mayor entre los principios teóricos proclamados y la actividad práctica revertíase en América en forma agravada, acentuando una ignorancia de la teoría que los socialistas europeos se empeñaban en considerar como propia no sólo del atraso, sino fundamentalmente de la condición latina de los trabajadores.<sup>15</sup> La exigencia marxiana de la autonomía ideológica, política y organizativa del movimiento obrero y la necesidad de una nítida distinción del partido socialista con respecto a los partidos democráticos burgueses era traducida en clave corporativa, aislando la acción reivindicativa de la clase obrera y colocando barreras insalvables para una política de alianzas con las corrientes radicales, democráticas y anarquistas del movimiento social de las clases explotadas.

### Crítica primitiva del primitivismo

Debido a su incansable actividad cotidiana, los socialistas lograron formar un conjunto de instrumentos de vida democrática colectiva tales como gremios obreros, sociedades de socorros mutuos, cooperativas de consumo y de viviendas, círculos socialistas, bibliotecas y universidades populares, editoriales y periódicos, etcétera. Supieron vincular la propaganda y la agitación a la acción inmediata orientada a satisfacer las necesidades más urgentes de los trabajadores, fundamentalmente de los urbanos, movilizados en buena parte gracias a su propaganda socialista, pero

no pudieron darle una organización de combate verdaderamente revolucionaria a una clase a la que contribuyeron a construir. No disponían de una teoría revolucionaria ni creían verdaderamente en la posibilidad de transformaciones socialistas a un plazo más o menos previsible. En el fondo sólo eran pequeño burgueses radicales de izquierda, y como tales fueron duramente criticados por el reducido núcleo de socialdemócratas emigrados que medían con el rasero de la teoría y de la práctica de la socialdemocracia alemana el difuso proceso de constitución del movimiento obrero y de los partidos socialistas de América. Es suficiente recorrer las innumerables crónicas sobre la realidad latinoamericana publicadas en *Die Neue Zeit*, por ejemplo, por sus propios redactores o por corresponsales como Germán Ave Lallemand o Paul Löbe, para advertir claramente el paternalismo del que hacía gala la socialdemocracia alemana en sus relaciones con los partidos socialistas del mundo no europeo, y que, como es lógico, influía poderosamente en la mentalidad de los militantes alemanes emigrados a América Latina.<sup>16</sup>

No obstante lo fundado de buena parte de sus observaciones sobre el primitivismo doctrinario y político de las débiles organizaciones socialistas del continente, sorprende sin embargo la pobreza de sus propuestas, el sentimiento de externidad que trasuntan sus escritos, como si estuvieran presididos por la certeza de la imposibilidad de modificar esa situación hasta tanto el crecimiento de "una masa obrera con conciencia de sí misma y de sus

<sup>14</sup> Cf. Paul Löbe: "Die sozialistische Partei Brasiliens", en *Die Neue Zeit*, XX, 2, 1902, pp. 524-530.

<sup>15</sup> Dice Germán Ave Lallemand: "En el interior de los círculos militantes predomina un sentimiento abiertamente antirreligioso. Pocos argentinos poseen una idea clara de la grandiosidad del ateísmo y del materialismo, ni pueden tenerla puesta que, lamentablemente, el método de enseñanza en los países neolatinos es descuidado. *la elaboración del pensamiento filosófico no está arraigada en la raza y, sobre todo, no se practica el pensar en general.* Todo se supedita ciegamente a la concepción autoritaria, mientras que una corriente con inclinación mística subyace decididamente en los mejores obreros de origen español". "Notizen", *Die Neue Zeit*, XXI, 2, 1902-1903, p. 838, subrayado por nosotros.

<sup>16</sup> Aun faltan estudios más o menos am-

plios sobre el papel desempeñado por la emigración alemana en la formación del socialismo latinoamericano. Si recordamos ciertas características que distinguían a las diversas nacionalidades emigradas (sobre el tema apuntaba Gramsci: "En Alemania el industrialismo produjo en un primer tiempo una exuberancia de 'cuadros industriales', que fueron quienes emigraron en condiciones económicas bien determinadas. Emigró un cierto capital humano apto y calificado. . ."; *Il Risorgimento*, Einaudi, Turín, 1953, pp. 210-211) es posible afirmar que la doble condición de "técnicos" e "intelectuales" que caracterizaba a esta emigración fueron elementos que tendieron a reforzar el paternalismo característico de la socialdemocracia alemana. Resulta de interés mencionar el caso paradigmático de Germán Ave Lallemand (1835-1910), ingeniero agrimensor y estudioso del marxismo, que fundó en 1890

el semanario *El Obrero* y en torno al cual se conformó un grupo compuesto en su mayor parte de alemanes (Augusto Kühn, Guillermo Schulze, Gotardo Hümmel, German Müller) que integrados al Partido Socialista argentino mantuvieron siempre en su interior una actitud crítica y principista y que finalmente contribuyeron a fundar el Partido Comunista. Una recopilación parcial de los artículos de G. A. Lallemand, con introducción de Leonardo Paso, se publicó en Buenos Aires (*La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*; Buenos Aires, 1974); el estudio más exhaustivo de su vida intelectual y política, aunque deformado por una visión fuertemente ideologizada y anacrónica de los términos del debate en el interior del grupo que formó el Partido Socialista, sigue siendo el de José Ratzler: *Los marxistas argentinos del 90: Pasado y Presente*, Córdoba, 1969.

objetivos"<sup>17</sup> pusiera las condiciones necesarias para el surgimiento de una fuerza verdaderamente socialista. Con lo cual su razonamiento perdía sentido en la medida en que no se extraían las consecuencias inevitables del reconocimiento del terreno "más democrático y reformista social, antes que socialista"<sup>18</sup> en el que se asentaban tales organizaciones. Porque si ésa era la situación, el problema consistía en realidad en cómo debía reformularse la doctrina para que la relación inédita —en términos de teoría— entre socialismo y democracia encontrara un tipo de resolución que no postergara al primero de los términos a un futuro imprevisible.

### Virtud y limitaciones

Es por esta razón que la crítica al "cosmopolitismo" del socialismo latinoamericano, hecha desde una perspectiva nacionalista o populista, o a su ausencia de "proposiciones verdaderamente socialistas",<sup>19</sup> como le cuestionaban los socialistas europeizantes, tienden a menospreciar las dimensiones intelectuales, culturales y civiles de su acción. Los socialistas lucharon por organizar a las masas artesanales y constituyeron los primeros núcleos de clase obrera, alimentando en las clases subalternas ese "espíritu de escisión" frente a la sociedad que constituye el requisito imprescindible para la formación de una conciencia de clase. Contribuyeron así a suscitar una concepción del mundo distinta y contrapuesta a la de las sociedades tradicionales, de modo tal que sus teorías y su práctica social formaron parte inescindible del proceso de organización de las masas populares latinoamericanas. Todos estos eran objetivos correctos e importantes, pero les faltaba algo esencial para una estrategia que pueda merecer el nombre de socialista; les faltaba una perspectiva política vinculada a la acción y a la lucha por imponer soluciones a los grandes problemas nacionales. En una palabra, les faltaba una definición sobre las condiciones "nacionales" para el cumplimiento integral de una revolución democrática y de su tránsito a una revolución socialista. Porque nunca se les planteó en la práctica el problema del poder, para realizar su actividad no necesitaron determinar o especificar la "originalidad" del proceso histórico nacional y continental en que les tocó actuar, apostaron simplemente a la democratización de la vida ciudadana y a la organización

de las clases populares. Pero en esa apuesta estuvo la mayor de sus virtudes.

Porque intentaron dar una expresión política a una clase todavía instalada en un terreno "no-nacional", o para decirlo en otros términos, en el interior de un estrecho horizonte económico-corporativo y pequeñoburgués, teñido de la presencia de fuertes tradiciones socialistas premarxistas, los socialistas latinoamericanos se adscribieron a un tipo de pensamiento que confiaba a la dilatación de los elementos de modernidad la posibilidad de una perspectiva socialista. Es lógico por tanto que encontraran en el marxismo de la Segunda Internacional, o, con más propiedad,

en la construcción hegemónica que de él hizo la socialdemocracia alemana, la teoría más apropiada. Colocados fuera de una perspectiva concreta de poder, una doctrina que fundaba en la fuerza espiritual de los principios y en la capacidad organizativa del partido la homogeneización política de la clase, se les representaba como el instrumento más idóneo para actuar en condiciones de atraso. Paradójicamente, una ideología que ocultaba detrás de la radicalización kautskiana de la teoría una estrecha política de representación de los intereses corporativos de una fuerte clase obrera se convertía en la concepción dominante de un movimiento que



<sup>17</sup> Cornelio Thiessen: "Der zehnte Kongress der sozialistischen Partei Argentinien" (18 de enero de 1912); *Die Neue Zeit*, XXX, 1, 1912, p. 857.

<sup>18</sup> Paul Zierold: "Die Revolution in Mexiko"; *Die Neue Zeit*, XXIX, 2, 1910-1911, p. 396. Pablo Zierold (? - 1938), técnico alemán que emigró a México en 1888 es un ejemplo semejante al de G. A. Lallemand. Además de las notas enviadas a *Die Neue Zeit*, mantuvo correspondencia con Bebel, Liebknecht y Rosa Luxemburg y tradujo artículos y ensayos de socialistas europeos. En 1911 contribuyó a fundar el Partido

Socialista Obrero, según el modelo teórico del Partido Socialista español. Lamentablemente su archivo, legado después de su muerte al Partido Comunista Mexicano, se extravió por lo que resulta casi imposible reconstruir tanto la intensidad de sus relaciones con el socialismo europeo como la propia historia de ese partido que contribuirá en 1919 a la fundación del partido comunista. Tomamos la referencia del apartado "El Partido Socialista Obrero" de la obra ya citada de Gastón García Cantú; *El socialismo en México*, ed. cit., pp. 130-132.

<sup>19</sup> G. A. Lallemand, "Notizen"; ed. cit., p. 838.

estaba muy lejos de asentarse sobre una base de clase semejante. La funcionalidad reformista de la socialdemocracia alemana, despojada de su retórica marxistizante, se ponía claramente de manifiesto en un territorio que sólo podía recuperar de ella su condición de partido parlamentario de las reformas sociales. Lo que los socialistas latinoamericanos privilegiaban de la experiencia alemana no era el escolasticismo marxista de Kautsky, y ni siquiera el cuestionamiento revisionista de Bernstein, sino su capacidad de instrumentar un partido político moderno y de masa, con principios socialistas generales y lo suficientemente amplios como para que la unidad partidaria no dependiera de una estricta adhesión a una teoría sino de la habilidad política excepcional de sus líderes.

### Problema ausente

Si para los más consecuentes revolucionarios europeos la experiencia alemana

fue hasta la primera guerra mundial la expresión más acabada de una teoría y de una práctica marxista, ¿puede sorprender que se haya también convertido en el modelo indiscutido de los socialistas latinoamericanos? Otras experiencias europeas como las de Jaurès, en Francia, o el cooperativismo belga eran leídas como adecuaciones o desarrollos del modelo, antes que tendencias que lo invalidaban. Si eran desconocidas casi por completo situaciones anómalas como las del socialismo serbio, de los socialistas revolucionarios rusos y las que provocaron la división entre mencheviques y bolcheviques en Rusia, ¿a qué otras experiencias podían dirigir sus miradas en búsqueda de ejemplos iluminadores?

Hay que recordar que hasta la aparición del movimiento comunista no existió en el socialismo europeo hegemónico ninguna tentativa efectiva de ampliación al mundo no europeo de las categorías analíticas fundamentales de la doctrina de Marx. Y para el caso particular de América Latina, esta deficiencia

estaba agravada porque su irreductibilidad a una identificación genérica con el mundo "colonial" y las particularidades de sus construcciones estatales habían creado un implícito problema teórico al propio Marx, en los momentos en que emprendía la compleja tarea de indagar la especificidad de las formaciones no capitalistas.<sup>20</sup> Ni en la Internacional y ni siquiera en el debate interno de la socialdemocracia rusa fueron recuperados textos que, si bien no constituían una resolución del problema, planteaban por lo menos una manera radicalmente distinta de analizar las vías posibles de transformación social de formaciones caracterizadas por la presencia decisiva del campesinado. Es posible pensar que la recuperación de estas perspectivas podrían haber sentado las bases para un análisis diferenciado de realidades en las que operaban partidos socialistas representados tempranamente en los congresos internacionales y en el Buró Socialista Internacional.<sup>21</sup> Si la Internacional no

<sup>20</sup> Véase sobre el tema mi trabajo ya citado, *Marx y América Latina* y los comentarios críticos de O. Terán, E. De Ipola y C. Franco publicados en *Socialismo y Participación*, núm. 13. Lima, marzo de 1981, pp. 63-72.

<sup>21</sup> Sin hablar ya de las organizaciones socialistas de Asia o de Europa sudoriental, y contrariamente a una creencia generalizada, puede afirmarse que las relaciones entre la Segunda Internacional y los partidos socialistas o grupos de internacionalistas latinoamericanos existieron desde el momento mismo de su constitución. El Partido Socialista Argentino, por ejemplo, participó con de-

legaciones propias en buena parte de los congresos internacionales y ocupó un puesto permanente en las sesiones del BSI desde 1901 hasta los umbrales de la primera guerra mundial. Más que de incomunicación habría que hablar entonces de incomprensión. Como señala W. Abendroth, "La base de la Internacional... se hallaba en los partidos europeos. Los delegados americanos no jugaron un importante papel en ninguno de los congresos de la Internacional, a causa de la estructura social distinta de la europea y de la diversidad de los problemas que de ahí se derivaban. Tampoco los escasos representantes de los grupos obreros asiáticos, que más

tarde llegaron, pudieron cambiar nada en este carácter de la Internacional. Los delegados indios representaban más bien a una nación oprimida en cuanto colonia, que no a un movimiento obrero, y los representantes del movimiento primero ilegal y luego semilegal de los trabajadores del Japón, país en gran auge industrial, pero aún regido de un modo feudal-militar, sólo lo eran de una insignificante minoría. La Internacional no llegó a ser consciente de la diferencia existente entre su realidad, limitada a Europa, y su pretensión universal", W. Abendroth: *Historia social del movimiento obrero europeo*; Laia, Barcelona, 1975, pp. 64-65.

## LA AVENTURA DEL AVION ROJO

"— ¡Soldados y oficiales de mi patria! Somos chilenos y oficiales de este Ejército, como vosotros que me escucháis.

Hemos arriesgado nuestras vidas y abandonado a esposas e hijos en tierras extrañas, para venir hacia vosotros a ayudarnos a recuperar para Chile la tranquilidad, el respeto y la paz para el pueblo, esclavizado por un régimen tiránico que no respeta ningún derecho humano ni garantía constitucional y que hace de la ley una aplicación espuria y arbitraria."

Primeras palabras de la arenga pronunciada por Marmaduke Grove mientras el general José María Barceló pasaba revista a parte de la III división del Ejército, en Concepción, donde se habían instalado los revolucionarios llegados de Buenos Aires en el famoso *avión rojo*.

En esta oportunidad se produjo un intercambio de disparos entre Barceló, que defendía a la dictadura de Ibáñez y Grove, que luchaba por derrocarla.

Carlos Charlín: *Del avión rojo a la República Socialista*; Quimantú, Santiago de Chile, 1970.

llegó a ser consciente de la diferencia existente entre su realidad, limitada a Europa y de ésta a su parte avanzada, y su pretensión universalista, es porque previamente había excluido en la teoría un mundo descalificado como bárbaro.

### Ejemplo de incompreensión

Un ejemplo interesante de este soslayamiento es el hecho de que dos años después de iniciada la revolución mexicana no hubo mención alguna a este hecho en el congreso socialista internacional de Basilea, realizado en noviembre de 1912. Podría pensarse que la atención de los socialistas fue unilateralmente desplazada por los inminentes peligros de una guerra mundial, o que faltó una información adecuada; sin embargo, a la luz de lo escrito por los socialistas sobre el tema, no son esas las razones que expliquen la incompreensión. Si tomamos como ejemplo los análisis publicados en *Die Neue Zeit* y el *Vorwärts*, los dos órganos más autorizados de la socialdemocracia alemana, observaremos que, curiosamente, la perspectiva de redactores del nivel de A. Thalheimer, G. Ledebour o H. Cunow es exactamente la misma no obstante integrar corrientes radicalmente diferenciadas dentro del partido alemán. Todos enfatizaban las consecuencias exteriores de un proceso del que sólo parecía interesarles sus ecos en los EE.UU. Como anota L. Mármora, "la estructuración y la dinámica interna de la sociedad mexicana están ausentes o integradas a los mismos de un modo totalmente accesorio. Todo lo que no se adecuaba a los moldes conocidos de la lucha de clases 'moderna' y 'civilizada' era ignorado o negado como ahistórico, irracional, etcétera. Por ejemplo, la fuerza social y cultural del sistema agrario comunal fue completamente desconocida no obstante sus profundas raíces históricas y el papel central desempeñado en la revolución".<sup>22</sup> De de tal modo el análisis tendía a sobredimensionar la acción de los agentes sociales "modernos", como el proletariado industrial, los pequeños propietarios o la burguesía liberal, mientras que las masas rurales eran descalificadas o reducidas a mero objeto de explotación.<sup>23</sup> Como de todas maneras lo que caracterizaba a la revolución era el hecho de ser esencialmente una revolución campesina, y la superestructura "moderna", sobredimensionada o no, se evidencia-

ba en extremo frágil y reducida, el análisis mostrábase incapaz de profundizar en la dinámica revolucionaria del proceso social, la que era percibida solamente en sus elementos de espontaneidad y caos. La denuncia moralista de las condiciones brutales de opresión y explotación quedaban opacadas por la fuerte insistencia en la incapacidad histórica de las masas explotadas.

La debilidad, o ausencia, de aquellos sujetos sociales reconocidos como los únicos válidos de un proceso de transformación conducía a todo el razonamiento a una actitud de tipo naturalista a partir de la cual los factores de disciplinización y de racionalidad social sólo podían ser introducidos desde afuera o proyectados a un futuro imprevisible. Así como la burguesía europea hacía descansar en un caudillo militar o en la intervención estadounidense la resolución del caos, para los socialdemócratas alemanes la única salida contemplada a largo plazo era la imposición de un nuevo orden basado en la presencia decisoria de la burguesía liberal y del proletariado moderno. En la visión socialista, mientras la perspectiva y la presencia del proletariado internacional no hiciera pie en México "los agentes sociales estaban condenados a ser marionetas en manos de los intereses y antagonismos de tal o cual fracción del capital internacional".<sup>24</sup>

### Experiencia singular

Es evidente que un razonamiento semejante se asentaba sobre una concepción profundamente arraigada en la socialdemocracia europea, y también entre los socialistas latinoamericanos, cuya raíz se encuentra en el Marx del *Manifiesto comunista* y del *Dieciocho Brumario*; la descalificación del mundo rural y

del campesinado identificados con el "primitivismo" y la "barbarie". Si es verdad que proletariado y clase obrera no coinciden necesariamente, lo que el europeísmo a ultranza de los socialdemócratas no percibía era que ese proletariado ausente del que se lamentaban estaba en las masas rurales movilizadas, masas que, en México, constituían la fuerza motriz de todo proyecto de transformación. Al igual que el débil proletariado urbano de la ciudad de México —que manifestó una fuerte incompreensión del movimiento zapatista por su elevado componente religioso y que se alió con la pequeñaburguesía citadina para reprimir militarmente a las masas campesinas en rebelión—, los socialistas europeos no podían entrever siquiera la perspectiva de la formación de un nuevo bloque social revolucionario basado en la fusión de fuerzas sociales que, como el campesinado y la clase obrera eran, para ellos, expresiones de dos mundos excluyentes.

Es sin duda esta concepción la que explica el soslayamiento y aun la negación de uno de los hechos revolucionarios más grandes del siglo. Pero no fue sólo Europa la que olvidó esta realidad traumatizante; ocurrió del mismo modo con América Latina, que requirió de las fulgurantes presencias de las revoluciones rusa y china para descubrir, en los años veinte, que en su propio terreno se estaba operando desde años atrás una de las experiencias de masas más singulares que registra la historia moderna. El laboratorio político mexicano ponía a prueba la validez de las hipótesis teóricas fundamentales del movimiento obrero mundial y mostraba que sin una refundación de la teoría y de la práctica del socialismo la realidad americana era indescifrable para el marxismo. ❧

<sup>22</sup> Leopoldo Mármora: *Populistas y socialistas: Desencuentro y convergencia*; 1981, mimeo., p. 4. Veamos algunas referencias recogidas por este autor: "El destino de México está hoy inseparablemente unido al de los Estados Unidos. Los esclavos por deudas del campo y los esclavos asalariados de la industria difícilmente podrían liberarse por sus propias fuerzas" (A. Thalheimer: "Mexiko und die Vereinigten Staaten"; *Die Neue Zeit*, XXIX, 1, 1910/1911, p. 860). E.V. Debs sostiene que "la consigna de los liberales ¡Tierra y Libertad!, ¡Expropiación de los latifundios! no parece correcta. Las masas proletarias mexicanas son ignoran-

tes, supersticiosas, desorganizadas, completamente esclavizadas y oprimidas. Antes de realizar una 'revolución económica' hay que esclarecer a esas masas e imbuirlas de conciencia de clase" (en *Die Neue Zeit*, XXX, 1, 1911/1912, p. 31). Véase en L. Mármora, *op. cit.*, nota 8.

<sup>23</sup> El 21 de febrero de 1913 el *Vorwärts* escribe que "los oprimidos tomaron las armas en busca de su liberación y no lograron más que un cambio de opresor". Dos días después, el 23 de febrero, caracteriza a los dirigentes de la revolución de simples bandidos, según la cita de Mármora.

<sup>24</sup> L. Mármora, *op. cit.*, p. 5.